



SUMARIO

- CÉSAR JALÓN
Sección vermouth.
- FRANCISCO MORENTE
La «ensabani».
- F. VILLEGAS ESTRADA
En el salón...
- S. CLOVIS
El instinto.
- VICTOR G. DE SANABRIA
De mujer á mujer.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
Queja justa: Un santo inmoral.
- ANGEL ALCAIDE
Restitución.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- A. CREHUET, TINO, MATEOS,
M.-S., BÉTICO Y MORALES
- Varios dibujos y retrato de
«La Favorita» y «La Goyita».



«LA FAVORITA»

Por su gentileza y su arte, ha sido proclamada «estrella» en Barcelona recientemente. En Madrid, la conocíamos hace tiempo como una de las mejores «diseusses».

Biblioteca Regional de Madrid

5 céntimos



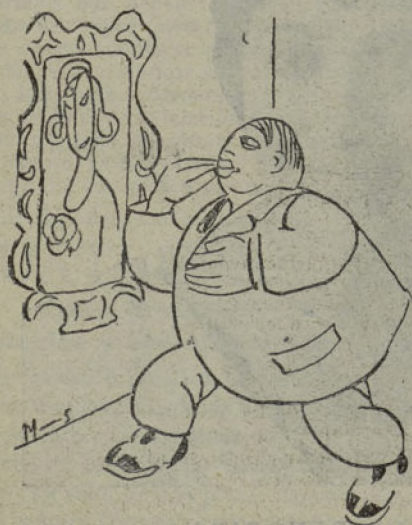
¡A Romea por todo!

POR todo, menos por la Argentinita, porque para ese viaje no se necesitan alforjas.

Es curioso cómo los «chismes y cuentos» de estas pseudo-artistas de «variétés» entran en el público, cuando, en buena ley, debieran ser ellas las que entrasen por los «chismes» de los demás, ya que, por menguados que sean los méritos de cada ciudadano, siempre encerrarán un valor infinitamente más grande que el de lo que ellas llaman su arte.

Por lo que toca á la Argentinita, yo declaro que su «arte» me «charta»; mas aun suponiéndola «estrella» efectiva de ese género ínfimo y chabacano, no

SIN PESTAÑEAR



—Te voy á echar el beso diario; pero, ¡ay, M. riquita!, s. pestañeas, cuanto tes echarial!

había por qué ni para qué reconocerla méritos excepcionales.

Ella misma protestaría ante Dios y ante los hombres, y puede que hasta ante los Tribunales, si yo la llamase «meretriz»... ¿Es así que no es «meretriz»? Pues no tiene «méritos»...

Curioso es, curiosísimo, el fenómeno popular en virtud del cual las masas se agitan y conmueven, y se encalabrinan y apasionan con esos chismes de bastidores que, con no poca razón, pudieran denominarse chismes de cocina, y á los que se concede un primer término de actualidad é interés que no alcanza ningún acontecimiento político ni social.

Medio mundo ha devorado aquella famosa información de «Heraldo de Madrid», ilustrada con profusión de grabados, y, por otra parte, bien poco «ilustrada», en que un donoso «divé» explicaba cómo una gitana predijo á la Argentinita que una morena la daría, al correr de la vida, una bofetada, y cómo Raquel Meller puso en evidencia el sortilegio dándole la «torta» con el peso exacto y, si no precisamente al correr de la vida, por lo menos al correr... la cortina de Romea.

Otro medio mundo va á devorar un libro publicado por un tal López á beneficio de la Argentinita, de paso á beneficio de sí mismo, y, «de todos modos», á beneficio de inventario.

Por cierto que, en este libro, el autor, con muy mala intención, cita una frase mía, dando de mí unas señas personales por las que jamás me conocerán sus lectores. Dice que esa frase ha sido escrita por un «joven y brillante escritor», y yo no tengo nada de brillante, y si me apuran, tampoco me sobra nada de joven, ya que no soy uno de esos seres privilegiados que, como la Argentinita, siempre tienen diez y siete años, incluyendo lo que anduvie-

ron á gatas, si por acaso han demostrado que no siguen andando así.

Pues bien: el libro de este López y la información de los otros—que no son otros Lópezes, sino los mismos—ha preocupado al público, que ha invadido á diario el teatro Romea, y ha preocupado á cuantas compañeras de la niña Argentinita se estiman en algo, las cuales han rescindido ó aplazado sus contratos hasta que la «dueña del coliseo» termine sus imitaciones.

¿Por qué esa predilección del público? ¿Por qué esa predilección por parte del empresario de Romea?

Porque—y ya siento ponerme serio—en España triunfa todo el que obra con los pies, y la Argentinita baila con los pies, nada más que con los pies.

Porque, en España, el hábito y el nombre hacen, más que ninguna otra cosa, al monje, y la Argentinita es nombre muy eufónico. En cambio, si se llamase Francisca Márquez, no podría ser artista.

Y porque en España triunfa la Sátira á despecho de la envidia; el Chiste y la Caricatura son joyas de más precio que la Retórica y la Pintura, y la Argentinita es una prodigiosa caricaturista (ya que no le es dado pintar en «serio»), sin que esto quiera decir que la Argentinita sea una joya precisamente.

Por eso ha llegado á primera figura la antigua «bailaora» de tablado, que á los seis años—ó menos, según sus cuentas—recorria los cafés cantantes, taconeando ágilmente sobre los mármoles de las mesas, y adoptando una posturita «de á quince», en tanto que su buen padre pasaba el sombrero anchó por entre los concurrentes, en un movimiento petitorio, ágil también y también «de á quince».

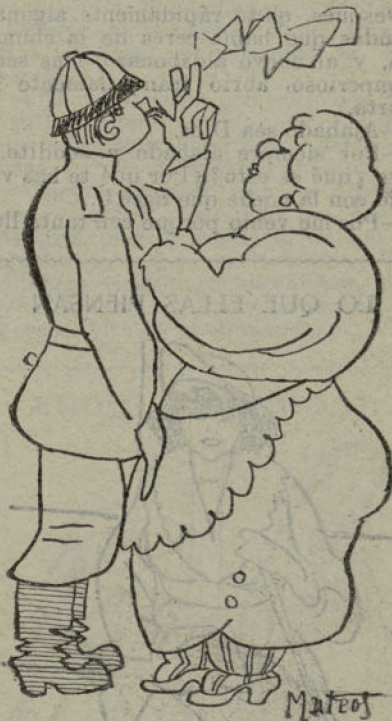
Por eso ha llegado tan arriba la que empezó tan desde abajo, aunque á mí me siga pareciendo la misma arriba y abajo.

Pero si sus triunfos, no tan resonantes ni tan valiosos como los que, en mejor «arte» que el suyo, alcanzasen La Argentina, Paquita Escribano y Raquel Meller, la han hecho orgullosa y satírica, nunca debieron hacerla desagradecida, y si se comportó de tal suerte con sus compañeras que ni una quiera actuar en su compañía, pudo haber sido deferente y atenta con los

periodistas, que tanto contribuimos á sus triunfos.

Mas ella es grande: á sus compañeras las satiriza; á los periodistas nos calumnia, y como ya sus compañeras han empezado á tomarse la justicia por su mano, bueno será que por la nues-

ARBITRIOS MUNICIPALES



El.—¿Y qué inconveniente te ponen en el Municipio para que te cases conmigo?

Ella.—¡Casi nada! Que han aumentado el impuesto sobre las canas.

tra propia nos la tomemos nosotros en la parte que nos toque.

Y mientras alguien afirme que se vaya á Romea por todo, nosotros aconsejamos que, efectivamente, se vaya por todo; por todo, menos por ella, que es, precisamente, la que debiera irse...

CÉSAR JALON.

La "ensabaná"

(DE LA VIDA REAL)

CUANDO más descuidados jugueteaban los amantes, sonó un aldabonazo.

—¡Mi marido!—dijo ella, desprendiéndose de los brazos que la estrechaban—. ¡Qué hacemos?

—¡Na!... Déjalo que entre...

—Vamos, pronto...; debajo de la cama...

Después, quitó rápidamente algunas viandas que había cerca de la chimenea, y al nuevo aldabonazo, más seco é imperioso, abrió tranquilamente la puerta.

—Alabado sea Dios.

—Por siempre alabado y bendito...

Peró ¿qué es esto? ¿Por qué te has venido con la noche que hace?...

—Pos me venio porque con tanta llu-

LO QUE ELLAS PIENSAN



—¡Qué tonto está Narciso! Se ha ido de casa, porque dice que, como había salido la criada, estaba su madre sola...

—¡Si siquiera hubiese sido al revés!...

via no se pué jaser na en el campo. La vará ha sío corta... ¡Qué vamos á jaser! Voy á quitarme estos zapatos, que están chorreando.

—No, caliéntate primero. Yo te los traeré.

—Siéntate..., siéntate..., que te voy á traer unas nuevas que te he hecho.

Mientras el marido se ponía estas prendas, la mujer bullía arreglando la cena y pensando la manera de salir de aquel atolladero.

Extendió los manteles, y colocó una sartén con varios huesos y algunas tajadas de lomo en adobo, nadando todo en un mar de pringue, incitante y apetitosa.

—¿Dónde vas?—preguntó ella, viendo que su marido se levantaba.

—A guardar estos dineros; dame la llave del arca.

—Vamos, come, que esto se puede enfriar...; luego se guardarán—contestó ella, zalamera, pasándole la mano por el hombro.

El comía, al par que miraba embobado á su mujercita, tan colorada, tan fresca, tan hermosa como siempre. Tenía ganas de jugar, y cuando pasaba ella por su lado, le tiraba pellizcos y la abrazaba, á lo cual correspondía ella con mimo.

Era, en efecto, María, que así se llamaba, una mujer apetitosa: tenía el rostro expresivo y picaresco; eran buenos sus ojos, y en las redondeces de su cuerpo se adivinaba que tenía formas esculturales, y, aunque joven, todavía contribuía á parecerlo más el ser su tipo de esos en que tardan en borrarse los rasgos fisonómicos de la niñez.

Una vez terminada la cena, el marido atrajo á María, y le dijo al oído que tenía sueño.

—Todavía es temprano: no han dado las ocho. Ve por un poco de leña.

—Digo, leña; pa lo que vamos á estar aquí, hay bastante con esa.

—Oye: ¿sabes que el otro día vi en el camaranchón un bicho de esos largos...? ¿Quieres subir á ver si está ahora y lo matas?

—Mariquilla, ¿y has visto eso en el Invierno?

—Y poco grande...

—Bueno; mañana veremos.

—¡Ah! No te he dicho una cosa. El guarro está malo.

—¿Qué tiene?

LAS BUENAS FORMAS



—Aquí me pegarás tú, pero no en otro sitio.
—¿Según en qué sitio!

—No sé; pero lleva dos días de no comer. ¿Quieres ir al corral á ver lo que tiene?

—Déjalo también pa mañana. Vámonos á dormir.

—Es que... no tengo sueño.

—Yo, sí.

—Espera un poco, hombre, que todavía es temprano.

María empezó á sentir temor; creía que se aproximaba una catástrofe, y, á medida que arreciaban las caricias del que tenía legítimos derechos, veía más cercana la tempestad.

—Mira: nos acostamos en seguida si vas al último patio y miras si están todas las gallinas. La otra noche se alborotaron y me pareció que había gente.

—No voy.

—Entonces, no me acuesto—dijo ella con un mohín picaresco y expresivo.

—Pos yo, sí—respondió él levantándose.

—No; espérate...—exclamó ella atemorizada—. Ven, siéntate á mi lado...; dime muchas cosas... aquellas que me decías cuando éramos novios... ¿Te acuerdas?!

Se sintió ruido de pasos tan cercanos, que espantaron á María, creyendo que el otro había tomado la resolución con que había amenazado; pero luego se tranquilizó cuando llamaron al portón y oyó la voz de su madre.

Entró una vieja con aspecto de bruja

á nejerercicio; venía llorando; y entre lágrimas y suspiros, dijo:

—El sinvergüenza de tu padre ha ido borracho á la casa y ma echao á la calle.

—Eso no es na—dijo el yerno—. Calientesosté, mae.

—Al contrario, hijito, que vengo mu caliente: aquel pillo ma jartao de leña.

Pareció que María recobraba su tranquilidad y que meditaba algo. Luego entró en el cuarto, y salió con un bulto de tela blanca, que puso sobre una silla, diciendo á su madre:

—Oiga usted, madre: vamos á medir estas sábanas, á ver cuál es más grande.

—¡Pa medir estoy yo!—dijo con aire á su hija; pero en una mirada que le echó ésta comprendería que debía medirlas, porque en seguida añadió:

—Espera un poco que me tranquilice... ¡Josús! ¡Qué frío ma dao!—añadió á poco, y cogiendo un haz de sarmientos, lo echó en la lumbre. Tardó algún tiempo en encenderse, pero no en llenarse de humo la cocina, por el escaso tiro de la chimenea.

ENOJO CONYUGAL



—Me tiene sin cuidado que te vuelvas de espaldas. Ya sabes que, desgraciadamente para tí, es lo mismo.

—¡Qué humarea! Nos vamos á ahogar... Voy á abrir la puerta, que salga el humo.

—Vamos á medirlas, hija... Coge la

NUESTRAS ARTISTAS



«LA GOYITA»

Se trata de lo que los fotógrafos llaman una composición; pero no es que «Goyita» se conponga, no: a ha compuesto Retana aprovechando la cal ecita de ángel de un retrato. Así, la cabeza es de «La Goyita», y el cuerpo, de Alvaro Retana.

punta de esta...; extiéndela más...; pónla más alta...; no tanto...; más pegá al suelo... Ahora.

—¡Ya, ya está!—dijo María con particular entonación.

Mientras el marido estaba agachado soplando con fuerza la lumbre y la humareda le hacía llorar á lágrima viva, el amante se escurría á gatas por entre aquel telón.

—Pos son iguales, hija—exclamó en voz alta la vieja, así que ya no había peligro.

—Yo creí que era esta más chica—dijo María, llena de gozo al ver que había salido bien de aquel compromiso.

—¡Poquitas ensabanás que tengo yo hechas á tu padre!—dijo la bruja en voz baja á su hija, al mismo tiempo que lanzaba un profundo suspiro, en recuerdo de aquellos tiempos...

FRANCISCO MORENTE.

EN EL SALÓN...

Hay cuatro chulos tristes
en el salón. Dos
se dan postín en una
mesa del ambigü.

Desgrana un organillo,
de notas disolutas,
la cadencia insolente
de un baile chulo, y tú
la musa un poco vicio
y otro poco miseria,
fijas en mí tus ojos
negros, de tentación.

Bailamos. Yo adivino
por tu seno una arteria
azul que serpentea
y entra en tu corazón.

Tiembla tu pobre carne
al conjuro de un beso:
quizá tu misma vida
no ha sido mas que eso,
un beso largo..., un beso
enfermo de mujer.

Por eso este es un baile
de chulos pensativos
y emite el organillo
los compases lascivos
que, á ratos, estremecen
tu carne de placer.

F. VILLEGAS ESTRADA.

EL INSTINTO

ROGELIO se aburría. Como era bastante rico, había gustado todos los placeres, y la saciedad le ahogaba; como era bastante instruido, había respirado la esencia de todas las filosofías y la tristeza de no poder resolver el problema de la vida, de ignorar el porqué y cómo paseaba sobre una esfera que voltigea incesantemente en el espacio, gravitaba con peso horrible sobre su alma. Había saboreado el amor en los besos de la mujer, y el perfume de los labios más exquisitos no le dejó impresión más duradera que el aroma del clavel ó del miosotis. Rogelio había llorado por las bellas que se burlaron de su pasión tras el artístico varillaje de su abanico, y se había reído de aquellas otras á las cuales su desdén arrancó amargas lágrimas tras la temblorosa cortina de sus dedos crispados. Ya nada le interesaba. Hallábase en el fondo del hastío. Rebelde á todo trabajo, alma consumida por el tedio, como una herramienta de acero abandonada se corroe por el óxido, Rogelio convino consigo mismo en que la vida es una aventura necia y sin ningún encanto.

Pronto la idea del suicidio se enseñoreó de su pensamiento. Dudoso estaba sobre los medios que para llevarlo á cabo emplearía, cuando una tarde, paseando por el muelle, impetuosa ráfaga de viento quitóle el sombrero y lo lanzó al agua. Rogelio reflexionó que el momento y el lugar eran muy oportunos para librarse del disgusto de la vida.

El cielo obscuro de Otoño por testigo y el mar revuelto por tumba... Hay que abrir la puerta... ¿A qué esperar?

Cierto. Era ridículo diferir la liberación... ¿No iba á tener nunca voluntad? Pero el muelle, con sus aguas sucias y cubiertas de negruzcas algas, inspiróle un sentimiento de repugnancia.

—¡Uf!—dijo—. ¡Qué sucio debe estar el fondo!... ¡Y qué fría el agua!...

Su sombrero flotaba tranquilamente, mientras tanto. Los transeúntes, que habían visto el percance, mirábanle burlonamente. Un muchacho se permitió decirle varias sarcásticas chanzonetas. Al verse blanco de la alegría maliciosa de los que le rodeaban, su indecisión desapareció repentinamente.

—Este mundo es tan bestia y tan trivial, que los más mezquinos y miserables incidentes provocan su alegría.

Y, al decir esto, se acercó al borde del muelle. Súbitamente se le ocurrió que, si se arrojaba entonces al agua,

COSAS VIEJAS



—Yo quiero un hombre que me vista y que me calce.

—Son muchas pretensiones...

—Bueno; pues, ¡acise, que no me vista.

los que le vieran creerían que iba á recoger su sombrero. Verdaderamente, era una ocasión propicia para realizar sus deseos. Dió un paso, faltóle apoyo y cayó al mar...

Durante un momento, pareció que descendía á los abismos del hielo y del silencio. El agua, como fría mordaza, ahogaba sus gritos, y penetraba en su estómago, y estrangulaba furiosamente su garganta. Manos fortísimas y diabólicas oprimían su pecho y se lo desgarraban... Quería pedir socorro, chillar, salir de allí; pero las manos de hierro

EL «FOX-TROT»



↑ Nuevo baile de sociedad inventado á beneficio de la misma. ¡Menudos beneficios va á darse la sociedad!

le hundían cada vez más en el abismo. Hizo un esfuerzo sobrehumano, juntó todas las energías, las energías de la desesperación, y moviendo vigorosamente brazos y piernas, empezó á luchar convulsivamente contra su enemigo. Mientras se ponía á flote, rodeado de mil torturas, los segundos tuvieron para él la duración de horas. Por fin, aspiró el aire y la vida con ardiente voluptuosidad. Los principios de natación que aprendiera de muchacho despertáronse en él como por arte de encantamiento. El instinto de conservación impúsole tiránicamente. Aunque hubiera querido inmovilizar sus miembros, éstos no le hubiesen obedecido, y á despecho de su voluntad habrían hecho movimientos salvadores. Entonces ya no se acordaba de morir. Los dolores que preceden á la liberación le espantaron; el miedo al sufrimiento crispó sus nervios. Sólo tenía un pensamiento: salvarse. Con incomparable lu-

cidez, vió en aquel momento su vida entera, y comprendió que su proyecto de suicidio había sido una locura. Era rico, y podía vivir bien y disfrutar de la vida. Después de todo, el mundo no es tan malo. ¡Qué suplicio! Es verdad que se aburría; pero ¿no hay mil medios de distraerse cuando se tiene oro? Trabajaría en cualquier cosa; dedicárase á coleccionar.

Véase, pues, cómo una pequeña diferencia de altitud puede invertir completamente las ideas de un hombre.

Rogelio luchaba briosamente.

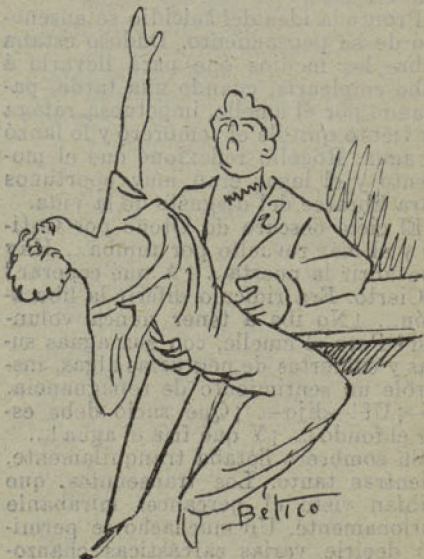
De pronto, á tres metros de él, cayó un cuerpo, que produjo al sumergirse montones de espuma. Era un salvador. Sacó á poco la cabeza del agua, y gritó á Rogelio:

— ¡Allá voy! ¡No desmaye usted! ¡Animo!

Pero las fuerzas del suicida se habían agotado, y casi exánime iba ya á hundirse para siempre. La angustia y el ahogo de la muerte se apoderaban de él cuando sintió que una mano le asía por el pescuezo.

El combate fué rudo; pero, al cabo,

LA ÚLTIMA PALABRA



—Pepe, te lo suplico: no me dejes caer...
 la.

Rogelio salió á la superficie y respiró. Ya llegaban cerca de una barquichuelas, cuando el noble salvador, quizá por un desmayo súbito ó por una congestión, sintió que sus fuerzas flaqueaban. Los papeles invirtieron entonces. El salvador, necesitado de socorro, agarróse al brazo de Rogelio.

En sus ojos, muy abiertos, las pupilas, horriblemente dilatadas, parecían dos abismos del espanto.

Leíase en ellas el miedo, la súplica, el odio á la muerte y el amor á la vida.

En aquel instante supremo, comenzó un duelo implacable entre dos instintos igualmente poderosos. Rogelio no vió ante sí al que había intentado salvarle, al que había arriesgado su vida por él, sino un hombre que ya no podía nadar y que era un obstáculo insuperable para su salvación, después de haber pretendido suicidarse. Rogelio se propuso luchar contra el que pretendía ser colabo-

DEL NIDO DEL PRINCIPAL



—¿Tú sabes cómo me ha puesto la pechera de la camisa?

—¡Bah, hombre! Se le pasa la plancha, y... tan tiesecita. ¡Si todo tuviese el mismo arreglo!

COSAS DE LA EDAD



—Dice mamá que por qué no hablamos allí fuera; que aquí adentro estamos mal...

—En cambio, cuando ella era novia, pensaría que, cuanto más adentro, mejor.

rador en su suicidio. ¿Para qué se había mezclado en aquel asunto? ¿Quién le mandó arrojarle al agua? Quizá habría querido morir como él... Cuando se pretende salvar á alguno, no se le empuja al abismo... ¡Cada uno, pues, á su avío!... Estaba patente el derecho de legítima defensa...

—¡Tunante! —gritó Rogelio—. ¿Te has acobardado? ¡Ahora verás!

Y con uno de sus puños golpeó rabiosamente los pobres ojos implorantes de su salvador. Y el otro se hundió después de dirigirle una última mirada, que parecía una maldición. Durante un segundo, Rogelio tuvo miedo... Pero luego reflexionó que nadie había podido verle. Unas barcas vacías ocultaron aquel drama horrible á los ojos de los curiosos.

Rogelio nadó briosamente. Al fin se encontró sobre el muelle. Cuando estuvo libre de todo peligro, le pareció que acababa de despertar de una pesadilla. Los minutos transcurridos antojósele haberlos vivido en sueños... Consideróse tan dichoso al encontrarse en plena vida, sano y salvo, que lanzó un suspiro de alegría que alivió su oprimido pecho... Aún, el instinto le hizo pronunciar estas palabras:

—¡Diablo! Tengo frío. Debo beber un buen vaso de vino para entrar en reacción...

S. CLOVIS!

De mujer á mujer

UNA CARTA

QUERIDA Consuelín: Quisiera hallarme á tu lado para abrazarte con toda el alma y comerte á besos. Eres buena, muy buena, requetebuena. Tu carta me ha hecho llorar. Al verla escrita con tinta y lágrimas, antes de leerla, presentí una desgracia; pero no «esa», no; la creí «desgracia de enamorada que llora la primera nubecilla en el cielo de su dicha».

Todavía lloro... Mira... Y eso que nunca como hoy debía estar alegre, pues momentos antes de recibir la

INCONGRUENCIA



—¡Mujer, por Dios!... ¡Si te pedía el agua para lavármel...

—Cree que era para beber. ¡Como la señorita no tenía visita!...

tuya pidieron mi mano, señalándose la fecha de mi enlace. Pero me olvido de todo por ti.

Has sido muy desgraciada y muy inocente. Candorosa, unas caricias bastaron para catequizarte... Inocente, sin conocimiento del mundo, has caído en el lazo infame que un cobarde te ten-

dió. Niña débil, sin fuerzas, al dar los primeros torpes pasos, has sufrido grave caída, que pone en peligro tu vida. Pero ahora, como siempre, me tienes dispuesta á salvarte.

¿Tienes veneno? ¿Odias? Pues sobran las recriminaciones y empiezan las venganzas. Déjate de niñerías. Es muy burdo eso de encerrarse en un convento. Toda mujer caída se agarra á ese tópico, vulgar á fuerza de repetirse. Nunca tuviste vocación... Tus aspiraciones, tus anhelos, eran otros...

¿Recuerdas nuestros años de encerradas? En este instante, parece que te miro, tan seriecita, repitiendo mimosa: «Me casaré con un hombre bueno, que me quiera mucho, y tendré angelotes gordiflones que me llamarán «ma, ma, ma...», y les querré con el alma, les haré mimos, les besuquearé...» ¿Y por una caída desgraciada matas tus ilusiones? Todavía vive en ti la inocencia. Repito que es precisa la venganza.

Eres joven, bella, simpática; nadie conoce tu falta... Pues bien: empieza por «olvidar», procurando que viva el agravio. Así estarás pronta á vengarte. Sabe, para tus fines, que todos son iguales. ¿Por qué no he de pensar que mi pronto esposo traje, al venir á mí, las mismas malas ideas?

Casi lo aseguro. Lo sabía por su tristeza inmotivada—buscando mi commiseración—; tristeza hipócrita con la que procuraba vencerme; lo descubría en su mirada, pletórica de deseo; lo leía en sus besos... Y he conseguido rendirle. Me he valido de mi experiencia, que pongo á tu disposición. Quiero hacer de ti una mujer sabia, que sepa ir á la victoria. Escucha:

En lugar del candor que dicen tus ojos, haz que en ellos se lea cierta picardía... Clávalos, mímosos y acariciadores, en los hombres que se atrevan á mirarte; hipnotízalos, subyúgalos, y cuando, vencidos, acudan á ti, encántalos con tus palabras, un poquirritin intencionadas. Sé atrevida, pero no descocada. Esgrime los ojos pícaros. Promete con ellos; promete siempre. No despidas: retén con el dulzor de tu charla. Esperanzas; siempre esperanzas. ¿No ves que el mundo todo vive de ellas?

Así, poco á poco, tendrás un apretado círculo de admiradores. Son ellos los ladrones de tu honor. Cumple tu

misión... Sonrisas, miradas, palabras...; todo seductor, halagüeño, engañoso. Finge, hierre, mata, destroza sus corazones... Vivirán á merced de tus caprichos... ¡Qué suplicio el de ellos! Se desesperará éste por la mirada al otro dirigida; sufrirá aquél por la sonrisa con que pagaste la galantería del de más allá...; y, satélites, los verás girar á tu alrededor, siempre sumisos, mirándose en tus ojos, bebiendo tus palabras, ansiando un gesto.

¡Divina comedia! Serán muñecos ridículos cuyos hilos obran en tus manos para moverlos á tu antojo... Serán muchos, pero no te importe... Yo no sé la causa del fenómeno raro que se observa en los hombres. Vive en ellos tan desarrollado el espíritu de imitación, ó es tan grande su envidia; ó están tan faltos de opinión, de criterio, que van unos tras otros sin saberse de dónde ni de quién partió la iniciativa. Y unas veces adoran á una fea veinte porque uno dijo que era espiritual, y otras se aleja uno de una belleza, que ya no encuentra novio porque aquél corrió el rumor de que era soso... Quieren lo que otros desean, pensando con su lógica absurda que debe ser bueno lo que tantos anhelan...

Y son tan cándidos, que desprecian la candidez, la inocencia y hasta la virtud, porque desean pasar por mundanos, por espirituales, por perversos...

El hecho es cierto, aunque no se explique, y lo verás confirmado palpablemente.

A tu albedrío queda el prolongar la farsa cuanto gustes. Al finalizarla, elige uno, aquel que durante la representación hayas notado más esclavo, ó... el que reúna mejores cualidades...; ó el que tú creas más compatible con tus gustos...; pero nunca, nunca, ¡entiéndelo bien!..., te intereses por ninguno. No lo creo posible, pues, desengañada, sabes la falsía de sus corazones; pero no sobra la advertencia.

Sigue estas lecciones, hijas de la experiencia, y te verás querida y respetada; te adularán, y lo que para ti es mejor, te vengarás. Ve los cambios que se operan en tus adoradores; lee en sus rostros los sufrimientos de sus almas trituradas, y alégrate al saberte vengada del crimen contigo cometido...

¡Cómo mejor se cree una vengada que viendo las huellas indelebles del

dolor en los rostros que se iluminarán alegres al hablarse de «flores marchitas»? ¡Cómo considerarse mejor vengada que al notar las muecas horribles de desesperación en los labios manchados con juramentos falsos, con besos impuros, con palabras mentidas?

Notarás que cada punzada en un co-

FILOSOFANDO



— Una cosa es el cuerpo; y otra, el alma; y otra, el alma... naque de LA HOJA DE PARRA, que este año va «á quitar la cabeza», aunque ésta sea del tamaño de la de Bombarda...

razón masculino es un bálsamo para tu herida; cada dolor de ellos, una alegría tuya; cada martirio, un goce...

Con el elegido sé prudente. No unas tus labios á los suyos. Lo que más anhela un enamorado, por lo que daría su vida en los momentos de «pasión aguda», es el beso; ese largo, profundo, quieto y absorbente, tomado de los labios que se le ofrecen y huyen tentados, como una dicha siempre esperada

é inalcanzada siempre... Por él sería capaz de las mayores valentías, de los heroísmos ensoñados, de las empresas más temerarias...

Niégame el beso; hazlo desear... Estrecha sus manos, mirate en sus ojos, apoya su cabeza en tu pecho, acerca al de él tu rostro... que respire y se embriague con tu aliento y sienta el cosquilleo de tus rizos en sus mejillas... Enloquécelo, enciende su sangre y, cuando sea tuyo, evítalo con refinada coquetería... Ten la seguridad de que ese hombre se convierte en tu esclavo...

Sigue estos consejos, y escríbeme cuanto te ocurra, que yo he de velar por ti. Para ponerlos en práctica, recuerda que ellos dieron muerte á tu inocencia...

Te quiere con el alma y te abraza con delirio tu amiga.—Concha.

VÍCTOR G. DE SARABIA.

CHIQUILLADAS



—Oye, Camilia: cuando nos casemos, no tendremos muñecas, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿con qué vamos á jugar?

—Con lo que haya. Al menos, yo he oído decir que, con lo que hay, se juega como se

QUEJA JUSTA UN SANTO INMORAL

Cierto popularísimo diario que en la Villa del Oso se publica una de sus secciones la dedica á la quejas que manda el vecindario. Leyendo esta sección, donde la gente sus protestas dirige contra todo, he logrado toparme con el modo de pasar un buen rato diariamente, pues, aparte las justas peticiones que se suelen hacer, que son bastantes, muchas de ellas son más regocijantes que algunas «arnichescas» producciones. Hay honestas mamás que solicitan que el Gobierno interponga su influen-

cia á fin de que en los «cines» no permitan el que quede sin luz la concurrencia. Otros piden se exija rigurosa responsabilidad á los lecheros porque abunda la mala leche, cosa que son los gobernantes los primeros de tener por sabido. A veces pasa que el cielo con las manos muchos tocan, porque no hay luz eléctrica en su casa. Otros chillan porque se la colocan, y así, en contraste eterno todo el mun-

[do, en su comodidad sólo pensando, por la sección desfila furibundo de infinidad de cosas protestando. Por seguir la corriente, y por creerlo un caso de justicia verdadera, también yo, como pueden suponerlo, mi protesta he de hacer de igual ma-

[nera. Y á fe que chillaré bastante fuerte para ver si á la calle donde vivo consigo que la llamen de otra suerte, pues cada vez que por cualquier motivo me veo precisado á dar las señas de mi casa, maldigo de su nombre, que la hace, de las calles madrileñas, ser la más ofensiva para un hombre. En estos tiempos pulcros y morales, cuando existe una ya famosa liga compuesta de señores muy formales que á ser «sanze cartines» nos obliga, no es justo que, quizá por negligencia de nuestro muy ilustre Ayuntamiento, se falte de tal modo á la decencia de los que allí buscamos aposento. Aunque solo mi voz aquí levanto, no dudo que atendido me verá y se eliminará el nombre del santo, que es bastante inmoral: Santo Tomás.

Adolfo SANCHEZ CARRERA

LA RESTITUCIÓN

SE hablaba de mujeres raras. Fué una de esas emociones que «graban»; algo de lo que, tras el alocado galopar del tiempo, forma en el recuerdo una especie de alvéolo y allí se queda para siempre.

Me parece que lo estoy escuchando todavía de labios del protagonista.

Don Jaime Cerezo, ó el señor «de Cerezo», como le llamaban respetuosamente sus subordinados, era á la sazón presidente de Audiencia de lo criminal; tenía renombre de comentarista, como autor de varias obras muy empachadas de notas y oportunas observaciones, y fama, ante todo, de cabal y justo. Es decir, reunía las dos virtudes más envidiables en un magistrado: sabiduría y rectitud.

El día de autos (nunca más en carácter el vocablo) don Jaime contrajo la comisura de sus labios con cierta indolencia, como si el no uso le hubiera enmohecido los resortes de la risa, y sus grandes ojos negros llamearon de un modo particular, cual si en el fondo de aquel ser se avivase el rescoldo de tiempos juveniles de agitación y calentura.

— ¡Una historia de mujer! — exclamó el señor de Cerezo. — ¿Quién no tiene ligada su existencia á una de esas historias, por lo menos?

Y agregó, en el tono severo que adoptaba en estrados al hacer sus brillantes resúmenes ante el Tribunal de hecho:

— Señores: cuantos me oyen son personas serias y amigas. Valga la expansión como prueba de intimidad, y allá va uno de esos casos por que «se pirran» ustedes:

Y Cerezo, familiar, metamorfoseado, nos contó lo siguiente:

— Tenía yo treinta años, y no necesito añadir que, con mis treinta primaveras, un tesoro de salud y de ilusiones.

No era del todo mal plantado; no era tampoco en mis maneras ni en mi porte un bohemio, por más que á la bohemia consagrarse mis mejores horas, por no decir todas las del día.

Cierta noche, sentía una de esas nostalgias infames que produce el alejamiento de la familia: la soledad del corazón, el árido desierto que pone en torno nuestro la ausencia del cariño.

A CADA CUAL, LO SUYO



— Ya sé lo que te van á decir los amigos cuando nos vean.

— ¿Qué?

— Que vaya una novia que te las «echao».

— Mujer, nos hemos «echa» los dos...

Recordé de una famosa tertulia donde iba gente alegre, y sin vacilar me hundi en el mareo de sus risotadas y de su grotesca animación.

Allí conocí á ella: una mujer hastiada del mundo á los diez y nueve años; su figura me interesó: era bella, á pesar de la marchitez temprana de su cutis moreno. Tenía unos ojos muy claros, pero de un mirar sugestivo.

Me costó conquistarla el tiempo de tomar una cerveza. Nuestra primera intimidad fué un encanto de monotonía: no supe qué decirle, y ella maldito si torturó su ingenio para sacarme del atasco.

No obstante, una inexplicable atracción me ligaba poco á poco á sus displicencias: quizá su mirada severa, profunda, llena de misterios, como el fondo de un mar insondable, al que pudiéramos descubrir por un milagro de transparencia.

OLAS AGUAS TURBIAS



—Estos filtros los ha puesto el Ayuntamiento «pa» el servicio público.

—No será la primera vez que el servicio público sirve de pretext, á las filtraciones municipales...

Sentí vehementes deseos de escudriñar en aquellos ojos. Era entonces relativamente rico, y me gasté todos mis bienes en la aventura.

Dos años empleé en la empresa; dos años que se me hicieron, á trechos, breves; á trechos, una eternidad. En su transcurso tuvimos horas de transporte amoroso en que llegué á soñar como un imberbe romántico; pero fueron más aquellas en que soporté caprichosos engorros y consumí cóleras atroces.

Comprendía mi error. Aquellos ojos eran fatales; su serenidad, un imán maldito; su transparencia, uno de esos macabros vértigos que desde el seno de los torrentes invitan al suicida.

No pude, ni aun entendiéndolo así, separarme de mi amante: fué ella la que huyó una mañana, sin una frase de despedida.

Me quedé pobre y solo. Sentí desperar en mi afanes de laboriosidad que me tenía sin duda aletargados el opio de mi pasión insensata. Trabajé, conseguí un destino, encontré un protector.

Una noche me dijo mi padrino: «Hay una vacante en el ministerio de Gracia y Justicia, y le he arrancado al ministro la credencial para usted.»

Mi alegría no tuvo límites; mi tristeza no tuvo límites tampoco. Necesitaba sacar el título de abogado; mas ¿con qué dinero?

El trance era fatal. Esto pensaba yo calle de Carretas arriba, cuando vi acercarse al buzón de la Central de Correos á una mujer vestida con mo-

¡BUEN REMEDIO!



—Pero «ese»... ¿te va á dar dinero, ó no?

—Me ha dicho que esta noche iremos al «cine», y que si me porto bien con él...

—Entonces, el remedio es á en tu mano.

destia, fina de curvas, distinguida de porte.

La reconocí, y quise huirla: era un sarcasmo tropezarme entonces con aquella hembra, que me había evaporado miles de duros á porrillo.

La entrevista fué breve. A las pocas frases quedé atónito. ¡Se había casado! Y se había casado con un hombre honradísimo, y era feliz, feliz por completo, y sobre todo... incapaz de una traición. Sus ojos eran el abismo de siempre; no sé por qué me pareció leer en ellos la verdad. Tuve un arranque, al que, inconsciente, me invitaba su espontaneidad. Y le confesé mi situación.

COSAS DE LA EDAD



— Aprovechate, hijita, porque, luego, de mayores, no puedes hacerte las cosas que ahora, de chicos.

— Pues á mí me ha dicho Ricardit que las cosas que hacemos ahora las podemos seguir haciendo de mayores.

Me pidió las señas de mi casa, sin permitir darme las de la suya, y desapareció. Al día siguiente, recibí en sobre lacrado mil pesetas.

Veinte años he practicado gestiones para reintegrar ese dinero, que era suyo. Todo ha sido inútil. No he vuelto á ver más á quien le debo mi posición.

¿Qué les parece á ustedes mi aventura?

Y uno de los contertulios, también curial, agregó en tono campanudo:

— Que es un caso de «restitución», del que creo habrá muy pocos precedentes...

ANGEL ALCALDE.

CANTARES BATURROS

«Pa» ir tirando de la vida,
busca el hombre á la mujer;
tirando los dos á un tiempo
la carga se lleva bien.

No es cosa fácil tocar
«l'acordión» «ú» la ocarina...
pero «pa» tocar un órgano,
¡bien poco se necesita!

¡Qué «m'importa» que el alcalde
«haiga» prohibido el piropro,
si no es necesario hablar
sabiendo cucar el ojo!

Algunos, al matrimonio
poca importancia la dan:
cuando su mujer les cansa,
se la sacuden, ¡y en paz!

LUIS SANZ FERRER.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. B. Leonard, sucesor.
Rua Barao Sao Cosme,
OPORTO (PORTUGAL)
(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

Lea usted

“**Joselito en El Pilar**”

ó

“**El sitio de Zaragoza,**”

por CLARITO

¡INTERESANTÍSIMO!
CINCUENTA CÉNTIMOS en toda España.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**).

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

PASTORA IMPERIO ■ : : LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *dél ut*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE 'EL LIBERAL,'

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid